

# ECUMENISMO: CAMINO DE VIDA

Por ARCHIMANDRITA TIMOTEO,  
VICARIO GENERAL DE LA IGLESIA  
ORTODOXA GRIEGA DE CUBA  
Y DEL CARIBE

**H**ablar de ecumenismo en nuestros tiempos no es fácil dado la diversidad de denominaciones en que se ha dividido lamentablemente el cristianismo, pero cuando lo delimitamos al diálogo católico-ortodoxo las cosas cambian, dado que por más de mil años fuimos la misma Iglesia y como lo expresara Su Santidad el Papa Juan Pablo II, son la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa dos pulmones mediante los cuales debe respirar el mundo.

Las causas que generaron el cisma son tan diversas y tan pocas que por profundas no son imposibles de ser superadas si existe voluntad, amor y humildad en ambas partes.

El hecho de que las dos Iglesias tengan en sí el mismo lazo indiscutible de una historicidad que se remonta a los Apóstoles, que la Sucesión Apostólica sea una realidad en ambas, que los sacramentos sean los mismos a pesar de las diversas formas de ritos, y que

se compartan otras tantas doctrinas, al resaltar entre ellas el amor maternal de la Virgen María y hacia la Virgen María, es más que una señal clara de que desde la diversidad se puede llegar a la unidad.

El gesto valioso del Venerable Papa Pablo VI y el Patriarca Ecuménico de Constantinopla Atenágoras I, al levantar los anatemas en aquella fecha memorable en Jerusalén, abrió un nuevo camino de entendimiento y diálogo al declarar conjuntamente:

*a) Lamentar las palabras ofensivas, los reproches infundados y los gestos condenables que de una y otra parte caracterizaron o acompañaron los tristes acontecimientos de aquella época.*

*b) Lamentar igualmente y borrar de la memoria y de la Iglesia las sentencias de excomunión que les siguieron y cuyo recuerdo actúa hasta nuestros días como un obstáculo al acercamiento en la caridad relegándolas al olvido.*

*c) Deplorar, finalmente, los lamentables precedentes y los acontecimientos ulteriores que, bajo la influencia de diferentes factores, entre los cuales han contado la incompreensión y la desconfianza mutua, llevaron finalmente a la ruptura efectiva de la comunión eclesialística.*

Posterior a este hecho, los esfuerzos no han sido pocos, el diálogo ha estado lleno de dificultades, pero también de persistencia e insistencia, al ver la unidad ya no solo como un anhelo, sino como lo que es, una verdadera y auténtica necesidad; pues somos cristianos divididos en un mundo en crisis.

El diálogo teológico, en cambio, requiere de paciencia y sobre todo de disposición para evacuar del corazón las sospechas y desconfianzas entre las partes.

Las diferencias entre Oriente y Occidente siempre han existido, no se debe ignorar,



El patriarca de Constantinopla, Bartolomeo I, y el papa Benedicto XVI durante la visita de este último a Turquía, en noviembre de 2006.

pues una teología es más catafática mientras que la otra es apofática.

El Patriarca Ecuménico, desde hace ya mucho rato no duda en señalar al Papa en sus cartas como el hermano mayor, y es que a pesar de las diferencias que puedan existir en el tema que hace referencia a la Primacía del Obispo de Roma, la Iglesia Ortodoxa es consciente que por derecho canónico el Obispo de Roma fue y es considerado como el Primero entre Iguales.

La actual generación de hombres de fe, católicos y ortodoxos, no somos responsables del cisma en la medida que no fuimos nosotros los que lo generamos, pero sí lo somos en cuanto permanecemos y persistimos en esta división que debería haber sido superada ya hace mucho tiempo para bien de la Iglesia de Cristo que está llamada a actuar desde y en conformidad con la unidad.

Como lo ha manifestado el Papa Benedicto XVI:

*“Para nosotros, cristianos de Oriente y Occidente, al inicio del segundo milenio las fuerzas del mal han actuado también en las divisiones que aún perduran entre nosotros. Sin embargo, durante los últimos cuarenta años, muchos signos consoladores y llenos de esperanza nos han permitido vislumbrar una nueva aurora, la del día en que comprenderemos plenamente que estar arraigados y fundados en la caridad de Cristo significa encontrar concretamente un camino para superar nuestras divisiones a través de una conversión personal y comunitaria, el ejercicio de la escucha del otro y la oración en común por nuestra unidad”...*

La Iglesia Ortodoxa ha visto en la llegada a la Sede Pretina del Papa Benedicto XVI, una nueva y valiosa oportunidad para fortalecer este diálogo teológico mediante un renovado aire de amor, tolerancia y verdad.

La manifestación más clara de esta disposición se da con la reciente visita del Papa de Roma a Constantinopla. De este modo se cumple el milenarismo deseo de Cristo que apostó su vida a y por la unidad. *“Que se amen unos a otros como yo los he amado”, “Que todos sean uno como tú y yo lo somos”* ¿Cómo podemos vivir divididos cuando Cristo nos impele a amarnos mutuamente? El amor será el vínculo que nos lleve a la unidad perfecta y ella con la Gracia y mediante la Gracia, un amor que no tema al diálogo y a la verdad, que permita derribar antiguos muros inservibles y por demás obsoletos; amor que no ignora en un aparente entendimiento diplomático las diferencias, sino que las confronta y resuelve; que no se detiene ante las críticas de los fanáticos y no es fanático en sí mismo, sino preciso, claro, transparente, sincero y abierto a la verdad.

Cabe preguntarnos antes de todo y ante todo: ¿Qué es ecumenismo? Ser ecuménico significa ser universal y la universalidad perfecta será imposible mientras la Iglesia Católica y la Ortodoxa estén divididas.

Debemos, para avanzar, estar por encima del miedo irreflexivo a lo que somos y a lo que es nuestra contra parte, reconociendo que la una puede complementar la otra antes de antagonizar; mirar con optimismo lo que nos une y buscar soluciones a lo que nos hace diferentes, y priorizar lo que es realmente esencial.

“Que todos sean uno” ha dicho primero Cristo y siglos después el venerable Papa Juan Pablo II en su famosa encíclica lo ha reiterado.

Oriente es rico en su espiritualidad, vida litúrgica y monástica, así como Occidente lo es en su experiencia pastoral y misionera, y estos dos ejes y valores no se repelen o rechazan, sino que se complementan y sin menoscabar el uno al otro se enriquecen y me atrevo a señalar que son parte de un todo, es decir, que se complementan.

Conocernos entonces y reconocer los valores, es lo que nos une y lo que nos hace diferentes, construyendo la unidad en la identidad, es el mejor camino de realizar y hacer verdad la petición de Cristo al Padre: *“Que todos sean uno como tú y yo lo somos”*.

Termino este artículo con el recuerdo de las palabras del Papa Pablo VI y del Patriarca Atenágoras en su declaración:

*“Sin embargo, al realizar este gesto, esperan sea grato a Dios, pronto a perdonarnos cuando nos perdonamos los unos a los otros y esperan igualmente que sea apreciado por todo el mundo cristiano, pero sobre todo por el conjunto de la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa, como la expresión de una sincera voluntad común de reconciliación y como una invitación a proseguir con espíritu de confianza, de estima y de caridad mutuas, el diálogo que nos lleve con la ayuda de Dios a vivir de nuevo para el mayor bien de las almas y el advenimiento del Reino de Dios, en la plena comunión de fe, de concordia fraterna y de vida sacramental que existió entre ellas a lo largo del primer milenio de la vida de la Iglesia.*

Que el amor sea entre los hombres ya por fe o por naturaleza humana el más noble de todos los anhelos y prácticas, que los cristianos vivamos la unidad en la diversidad y la convivencia en la diferencia.

